

MERCÈ LORENTE CASAFONT  
Institut de Lingüística Aplicada / Universitat Pompeu Fabra

## LA VITALIDAD DE LAS LENGUAS Y EL CAMBIO LÉXICO<sup>1</sup>

### 1. El cambio lingüístico, indicador de vitalidad

El cambio lingüístico es un fenómeno natural y universal que experimentan todas las lenguas vivas en cualquiera de sus variantes dialectales o discursivas. El cambio está inextricablemente vinculado al uso de las lenguas: si una lengua deja de usarse es evidente que no cambiará. Los estudios de lingüística diacrónica han podido demostrar que las lenguas comparten las mismas necesidades, los mismos mecanismos y las mismas tendencias de cambio (Bybee 2015: 10), aunque no siempre comparten el ritmo del cambio o los resultados. La comunicación verbal se va adaptando progresivamente al contexto y a las necesidades de sus interlocutores, mediante estrategias comunicativas cambiantes.

Una de las características principales del cambio lingüístico es la relación que se establece entre la creatividad de los hablantes, la admisión de la innovación por parte de los receptores y la estabilización social del cambio (Lüdtke 1998: 11). El origen del cambio es individual o nace del consenso en comunidades lingüísticas restringidas. Pero para que el cambio sea efectivo es preciso que los destinatarios de los mensajes innovadores los acepten voluntariamente o por sumisión y los difundan a su vez. Este consenso social sobre un determinado cambio en una lengua, medible por su frecuencia y por su perdurabilidad, es condición necesaria para su estabilidad en el uso y para su posterior institucionalización, mediante gramáticas y diccionarios.

---

<sup>1</sup> Este trabajo forma parte del proyecto *TERMMED. Evolución del conocimiento científico en medicina: el cambio léxico y semántico*, de referencia FF12017-88100-P, financiado por la Agencia Estatal de Investigación (AEI) y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER).

Las lenguas evolucionan en un equilibrio constante entre la búsqueda de la estabilidad y la inestabilidad que introducen las propuestas de cambio y las novedades. La variación lingüística es un fenómeno natural y universal de las lenguas, como el cambio lingüístico. Y, aunque puede haber variación sin cambio, el cambio siempre genera nueva variación. Las propuestas de cambio conviven con la variación ya existente y, como sucede con todos los organismos vivos, generan competencia entre variantes que ocupan un mismo espacio o que tienen una misma función. Un buen ejemplo de ello es la evolución en el sistema de pronombres personales de tratamiento, desde el tuteo en latín a la introducción del *vos* como fórmula protocolaria en la Edad Media, la adopción del *usted* a partir de finales del siglo xv, la desaparición del *vos* en el español peninsular o la drástica reducción del uso de *usted* entre los hablantes jóvenes. En cada etapa los pronombres coexistentes renuevan la distribución de funciones y valores pragmáticos.

La introducción de una propuesta de cambio nunca sustituye del todo la variación preexistente. Se necesita un periodo de convivencia suficiente para la asunción y la estabilización del cambio, de manera que, en etapas en las que una propuesta de cambio ya ha sido asumida, podemos encontrar aún rastros de periodos anteriores, como el voseo en algunas variantes del español de América, por seguir con el ejemplo anterior:

When we use language we are constantly doing pattern-matching, and in so doing we reinforce certain patterns. Also, we apply patterns in novel ways. These acts during language use can change the language. Change occurs when new patterns arise, when patterns change their distribution, or when they are lost (Bybee 2015: 10).

Los estudios sobre el cambio coinciden en considerar que las causas del cambio lingüístico pueden clasificarse en dos grandes bloques: los factores externos, que pueden referirse a variables sociológicas y sociolingüísticas, y los factores internos, que se relacionan con los actos de habla y con el sistema de cada lengua.

Entre los factores externos de carácter sociológico podemos identificar variables económicas, socioculturales, ideológicas, generacionales, de género, profesionales o las relacionadas con los movimientos migratorios. Son factores de carácter sociolingüístico el contacto de lenguas, la imposición de la diglosia, el prestigio de lenguas y de variantes, el conflicto entre normas de uso y los procesos de estandarización, entre otros. Uno de los factores externos que tiene una repercusión fundamental en la activación de factores internos es la configuración de comunidades lingüísticas específicas que sean impulsoras de cambio. En esta línea, el variacionismo social (Labov 1994, 2001) ha hecho aportaciones cruciales para entender el cambio lingüístico, como la noción de liderazgo, el rol del género,

las variables socioeconómicas vinculadas a la educación o el reconocimiento de grupos sociales más innovadores que otros.

Por su parte, los factores internos se refieren, por un lado, a los mecanismos de adaptación comunicativa que rigen los actos de habla y los usos discursivos y, por otro lado, a los ajustes que los hablantes van introduciendo en el propio sistema lingüístico para hacerlo más efectivo. Son ejemplos de los primeros la resolución de ambigüedades, la ampliación o la reducción de la distancia entre emisor y receptor, la compartición de implícitos, las inferencias a partir del contexto, la tipología textual o los géneros discursivos; y de los segundos, la compleción de paradigmas, la gramaticalización, la innovación léxica o la selección de formas que compiten entre sí (homofonía, homografía, sinonimia), entre otros.

La temporalidad es uno de los parámetros fundamentales en el análisis del cambio lingüístico. En general, se asume que la mayoría de los cambios lingüísticos son lentos y graduales, y que los hablantes no los podemos observar directamente (Bloomfield 1984 [1933]: 347), lo que condiciona lógicamente la metodología de análisis de la lingüística diacrónica. La comparación de estadios de una lengua separados por diversos siglos (por ejemplo, el español medieval respecto del español moderno o del español contemporáneo) o la comparación entre lenguas emparentadas (por ejemplo, los cambios desde el latín a las lenguas románicas) son las orientaciones más habituales, con la incorporación de lo que Lüdtke (1998: 6) denomina “el cambio por relevos”, usando la metáfora de la carrera atlética, para identificar los puntos intermedios en que se dan cambios parciales previos al cambio definitivo. Si bien esta larga temporalidad se confirma en el análisis de cambios estructurales (fonológicos, morfológicos y sintácticos), actualmente se acepta que hay cambios de tipología diversa que pueden observarse directamente (Crowley/Bowern 2010: 18), entre generaciones de hablantes que coexisten o incluso en una misma generación. La innovación léxica y el cambio semántico son cambios de temporalidad menor.

Otro de los parámetros del análisis del cambio es su direccionalidad. La unidireccionalidad o la imposibilidad de reversión se plantea como la hipótesis más fuerte para validar la robustez de un cambio. En esta línea, la gramaticalización se propone como una vía de cambio unidireccional, entendida como una tendencia y no como un principio teórico absoluto, ya que admite contraejemplos (Hopper/Traugott 2003: 18-19). En contraste, entre los mecanismos de innovación léxica, hay algunos procesos de creación reversibles, como la incorporación de préstamos, y otros que se relacionan con la gramaticalización de morfemas y, por lo tanto, con la unidireccionalidad.

El análisis del cambio lingüístico suele presentarse organizado por componentes de la gramática. Así, la mayoría de obras de referencia (Hock 1971; Crowley/Bowern 2010; Bybee 2015) organizan la atención por el cambio en cuatro grandes

áreas: fonética y fonología, morfología flexiva y léxica, sintaxis, y léxico y semántica. No obstante, hay un claro desequilibrio entre la atención que reciben habitualmente los tres primeros apartados (fonología, morfología, sintaxis), mucho más voluminosos, y el cuarto, siempre más reducido, que incluye la innovación léxica y el cambio semántico del léxico. Este desequilibrio se justifica porque los cambios estrictamente gramaticales afectan formas, estructuras y reglas, y por ende al sistema mismo de la lengua. Y lo hacen de manera unidireccional, con muy pocos contraejemplos de cambios reversos.

Alternativamente, desde una posición netamente lexicalista, podemos considerar que el léxico actúa como nodo de enlace del resto de componentes de la gramática (Lorente 1998) y, por ello, la mayor parte de la ejemplificación de los cambios lingüísticos, sean del nivel que sean, se presenta mediante unidades léxicas: cambios de posición del acento (*amáre* lat. > *amar* esp.), disimilaciones (*arbor* lat. > *árbol* esp.), metátesis (*casium* lat. > \*[kaiso] > *queso* esp.), analogía de desinencias (*cedunt* lat. > *ceden* esp.); gramaticalización de verbos auxiliares a sufijos flexivos (*cantare habeo* lat. > *cantaré* esp.), gramaticalización de verbos de movimiento en verbos auxiliares (*andar* vs. *andar cambiando*), cambios de categoría (*frente* sust. vs. *frente* prep.), gramaticalización de preposiciones y adverbios en prefijos (*contraejemplo*, *entreguerras*, *sobreponer*), entre muchos otros casos.

En síntesis, el cambio en las lenguas en uso es imparable, aunque algunos cambios no los podamos observar directa y coetáneamente. Dado que las lenguas vivas están cambiando permanentemente en un aspecto o en otro, partimos de la idea de que el cambio lingüístico, en general, es un indicador de vitalidad. En los siguientes apartados nos referimos exclusivamente al cambio léxico, para observar sus principales características y ver el impacto que genera en las lenguas y en el lenguaje en general.

## 2. Cambio léxico y neología

El cambio léxico se caracteriza por englobar una amplia tipología de fenómenos, la diversidad de resultados, la combinación de causas externas frecuentes con causas internas, una temporalidad más corta y patrones de direccionalidad propios, si lo comparamos con los cambios fonológicos o sintácticos. En este apartado, nos fijaremos en los tipos de cambio léxico y los pondremos en relación con las clasificaciones de neologismos. En los apartados siguientes, revisaremos las causas, la temporalidad y la direccionalidad.

Sobre la diversidad de resultados del cambio léxico, simplemente queremos apuntar que, mientras que el cambio fonético y fonológico tiende mayoritariamen-

te a la reducción, a causa de la relajación en la pronuncia (*cum locare* > *colgar*, *cum sutura* > *costura*), en los casos del léxico y de la morfología, como también sucede en la sintaxis, tenemos muchos ejemplos en los que el cambio no parece que lleve a la solución más sencilla posible. Destacamos la substitución de unidades simples y breves por unidades complejas y más extensas (*auris* > *auricula* > *oreja*) o la consolidación de perífrasis o de combinaciones (*cur* > *per quid* > *porque*) (Lüdtke 1998: 21-25). En esta misma línea de mayor complejidad, podríamos añadir también el aumento de la polisemia o la incorporación de nuevos morfemas de derivación. Sin embargo, estos resultados complejos conviven con mecanismos que tienden a soluciones más simples, como las reducciones léxicas.

Si nos fijamos ahora en los tipos de cambio léxico, podemos comprobar que en los manuales de referencia sobre lingüística histórica, como Crowley y Bower (2010), el cambio léxico se suele dividir en dos grandes líneas: el análisis del cambio semántico y el análisis de la innovación léxica.

Los cuatro tipos básicos de cambio semántico que se han abordado desde la lingüística histórica son la ampliación de significado, la reducción o especificación de significado, la adquisición de un nuevo sentido y la substitución del significado original de una palabra por un nuevo significado. Algunos autores añaden también el cambio de connotación, de positiva a negativa o al revés. Estos cambios semánticos reciben la influencia de una serie de operadores que motivan los actos de habla y su difusión social, como son la metáfora, el eufemismo, la hipérbole y la interferencia. Otros elementos que favorecen cambios analógicos en el léxico son la etimología popular y la ultracorrección.

La innovación léxica se aborda básicamente en lingüística histórica a través del análisis de las fuentes más comunes: el préstamo, los recursos propios de formación de palabras y las reducciones léxicas.

Cabe destacar que, aunque cambio semántico e innovación léxica se planteen como líneas de análisis separadas, no son excluyentes entre sí. Por ejemplo, muy a menudo, la incorporación de préstamos léxicos van acompañados de un cambio de significado, como el ejemplo del neerlandés *jacht* ('caza') que se incorpora al inglés como *yacht*, con el significado de 'velero rápido' y que, más adelante, se nutre de la connotación de 'lujo', con la que llega a otras lenguas, como en el español *yate*. Más que líneas de análisis distintas, estamos ante dos perspectivas que observan el fenómeno del cambio desde puntos de vista distintos (Stolova 2015: 5-6):

Lexical change takes places on two levels: on the level of form and on the level of meaning. Therefore, it is analyzed on two levels: on the level of onomasiology and on the level of semasiology [...]. As Traugott & Dasher (2001: 25) put it, onomasiology focuses on "the development or restructuring of coded representations of

a particular domain as COLOR, INTELLECT [etc.]". [...] The focus on semasiological research is on "the development of polysemies (or, where relevant, splits into homonymies)".

Los estudios de neología actuales tienen un alcance similar; se ocupan prácticamente de los mismos temas, aunque lo hacen desde el análisis de unidades léxicas concretas identificadas como nuevas. Las clasificaciones de neologismos (Cabré 2006; Cabré/Domènech Bagaria/Solivellas Ugena en prensa; Sablayrolles 2015) incluyen como tipos de neologismos la creación *ex nihilo* (*gas*, *acordeón*), la formación de palabras complejas mediante los recursos morfológicos propios de cada lengua (*metrosexual*, *prebiótico*), la lexicalización de sintagmas (*parche de nicotina*, *mal de montaña*), el cambio semántico (*ecológico -ca* como 'sin productos químicos' en *verdura ecológica*; el *virus* en informática), la incorporación de préstamos (*sushi*, *footing*, *mozzarella*), y también los procesos de reducción de palabras (*sida*, *micro*, *finde*) o los de cambio de categoría (*antidisturbios* sust., *microfonar* v.) y de cambio de subcategoría, principalmente de género (*azafato*, *gerenta*) o de régimen verbal (*ligar* v. intr. en el sentido de 'establecer relaciones', *contactar* v. tr. frente al uso tradicional intr.). Además, la focalización de la neología en el componente léxico de las lenguas condiciona que también se integren en sus análisis elementos de cambio que, desde la lingüística histórica, se agrupan dentro de los cambios estructurales (variantes fonéticas, nuevos elementos afijales o modificaciones de reglas morfológicas, entre otros). Por lo tanto, no podemos identificar la neología con un único tipo de cambio del léxico, el denominado habitualmente de innovación léxica, sino con la agrupación de modelos de cambio variados que comparten la adición de nuevas unidades o de nuevas acepciones en el caudal léxico disponible.

Así pues, lo que distingue las aproximaciones desde el estudio del cambio lingüístico o desde la neología son precisamente las distintas perspectivas o puntos de vista, la onomasiológica o la semasiológica. En la primera se parte de los fenómenos de cambio analizando las formas que los ponen en evidencia; en la semasiológica, se parte de los ítems léxicos explorando los mecanismos que los han generado para poder establecer generalizaciones. Esta segunda perspectiva es la propia de la neología.

De todos modos, hay un tipo de cambio que no suele tratarse ni desde la lingüística histórica ni desde la neología, y es la desaparición de palabras del inventario léxico usual de una lengua<sup>2</sup>. No hay que confundir que una palabra

---

<sup>2</sup> Disciplinas como la historia de la ciencia o la terminología sí que suelen estar atentas a la desaparición de terminología, motivada por el factor externo de la evolución del conocimiento científico y de los métodos de trabajo.

caiga en desuso con el hecho de que deje de formar parte de la nomenclatura de los diccionarios generales de lengua. La literatura y la historia precisan que la lexicografía sea conservadora en este sentido, para ayudar a descodificar palabras que habían sido de uso común y frecuente en etapas anteriores de la lengua y que han dejado de serlo. Piénsese en casos como *escudilla*, substituida por el anglicismo *bol*, el término *pollita* referido a las adolescentes o el préstamo diccionarizado *living* con el significado de ‘salón’, que ha dejado de utilizarse en los sectores de la vivienda o de la decoración, sobre todo en la variante del español peninsular.

### 3. Causas del cambio léxico

La evolución de la ciencia y el desarrollo de la tecnología tienen un impacto directo en la neología, ya que prácticamente todas sus novedades acaban siendo codificadas en el léxico (*covid*, *saliendoscopia*, *bioplástico*, *dron agrícola*). Pero las invenciones y los descubrimientos no son exclusivos del ámbito científico, también los hay relacionados con el estilo de vida, las tendencias de consumo o el debate público (*teletrabajo*, *uberización*, *erte*, *fooxing*, *veganismo*). Cualquier novedad, incluso las que no lo son tanto, implican nuevas palabras, algunas de las cuales pueden ser efímeras pero la mayoría de las cuales llegan para ocupar una plaza estable en el inventario léxico de la lengua. Por lo tanto, los factores externos son los máximos responsables de la creación neológica, sea cual sea el mecanismo de formación de palabras utilizado.

No obstante, los factores internos también intervienen en el cambio léxico, respondiendo a necesidades que se generan en los mismos actos de habla, como las siguientes:

- El aumento de expresividad para impactar en el receptor;
- La generación de variantes para adaptarse a nuevos contextos;
- La compleción de paradigmas;
- La lexicalización y la gramaticalización.

El emisor de un mensaje reclama la atención del receptor mediante diversos recursos, siendo uno de ellos la selección del léxico. Utilizar un préstamo, sobre todo de lenguas de poder, con prestigio económico y social, aunque la lengua ya disponga de vocablos propios para denominar el mismo concepto tiene como función conseguir un mayor impacto o incluso marcar una distancia social entre emisor y receptor (*party* por *fiesta*, *hall* por *vestíbulo*, *teenager* por *adolescente*, *muffin* por *magdalena*). Como expone Llopart-Saumell (2016: 349-352), la

dicotomía neología denominativa y neología estilística (Guilbert 1975) no tiene razón de ser desde el punto de vista tipológico. Como ya apuntaba Cabré (1989) la distinción es meramente funcional. Todos los neologismos hacen referencia a un concepto y pueden tener además otras funciones. Los conceptos de función estilística y de connotación tienen fronteras difusas, que no únicamente incluyen los estilos personales, sino también elementos emocionales, ideológicos, valorativos o identificadores.

Los mediadores lingüísticos (periodistas, redactores, traductores, editores) pueden ser agentes de la introducción de variantes léxicas, más transparentes o más cercanas al receptor, cuando ejercen sus actividades de difusión de la información, que conviven con terminología más específica usada por los expertos, como por ejemplo la *enfermedad de las vacas locas* frente a *encefalopatía espongiiforme bovina* o la *enfermedad del beso* para la *mononucleosis infecciosa*. La necesidad de encontrar denominaciones más comprensibles o más expresivas para los destinatarios es un buen ejemplo de adaptación del emisor a nuevos contextos comunicativos. Los eufemismos también son un recurso adaptativo, bien para mantener la expresividad de un texto sin utilizar construcciones consideradas malsonantes (*ostras, jolín, córcholis, caca*), o bien para eludir un estilo directo en pro de formas “políticamente correctas” (*centro penitenciario* por *cárcel*, *tercera edad* por *vejez*, *reducción de plantilla* por *despidos*, *persona con capacidades distintas* por *discapacitado*).

La compleción de paradigmas es un fenómeno recurrente en los estudios referidos a la analogía, pero conviene recordar aquí que en lexicología nos encontramos con diversas clases de paradigmas. Tradicionalmente se ha asociado el concepto de paradigma léxico o semántico al de “clase léxica” de Coseriu, para designar el conjunto de palabras de la misma categoría que comparten rasgos semánticos. Así, *coche, camión, autobús, moto, bicicleta, tren, avión y barco* formarían parte del mismo paradigma de ‘vehículos de transporte’. Los cambios léxicos que afectan este tipo de paradigmas responden a factores externos, añadiendo neologismos como *patinete eléctrico*, o eliminando palabras obsoletas como *diligencia*. No obstante, cualquier modificación en un paradigma flexivo<sup>3</sup>, entendido como el modelo de flexión que siguen las unidades léxicas de una misma categoría, puede deberse a factores externos, como el contacto de lenguas, o bien a factores internos, como la necesidad de inserción de epéntesis o fenómenos de disimilación o de analogía. Del mismo modo, los cambios de los llamados para-

---

<sup>3</sup> “A paradigm for a part of speech N in language L is a patterns P of inflectional realisation for all combinations of non-lexical-determined morphosyntactic properties associated with N such some member of N exemplifies P (i. e. displays all and only the realisations in P)” (Carstairs 1987: 48-49).

digmas derivativos<sup>4</sup> (Rifón 2001: 63-64) pueden estar motivados externamente (neologismos creados para designar nuevas realidades), pero muchas veces responden a la necesidad de disponer de unidades léxicas de categorías distintos y significados relacionados que comparten una misma raíz, como la formación del sustantivo abstracto *PIGRITIA* en latín a partir del adjetivo *PIGER* o como la formación del adjetivo *perezoso* en español a partir del sustantivo abstracto *pereza*. La perspectiva paradigmática de la morfología (Bybee 1988) nos aporta también un cuarto tipo de paradigma, el que pone en relación el conjunto de unidades léxicas derivadas de una misma regla de formación de palabras y sus correspondientes restricciones, como los sustantivos abstractos sufijados en *-ez* a partir de determinadas bases adjetivas, como en los ejemplos *vejez*, *dejadez*, *aridez*, *testarudez* (Camus 1998: 361-363). La motivación de cambio en este último tipo de paradigmas morfológicos hay que buscarla prioritariamente en el mismo sistema (analogía, selección de modelos): no parece que haya ningún factor externo que pueda explicar la preferencia de los hablantes por *vejez* frente a la forma en desuso *vejedad*, aunque sí que se podría postular una cierta motivación de carácter social para diferenciar el *operario* ('obrero manual') del *operador* que maneja tecnologías o servicios (*operador de telefonía*, *operador de cámara*, *operador de vuelo*, *operador turístico*).

Por último, los procesos diacrónicos de lexicalización y de gramaticalización nos aportan ejemplos claros de motivación interna del cambio. La lexicalización es vista como una etiqueta general que engloba procesos lingüísticos diversos, que tienen en común la adopción de nuevas unidades en el componente léxico (Brinton/Traugott 2005; Buenafuentes 2007). Incluye, por lo tanto, la neología de formación sintagmática (*ojo de pez*, *luna de miel*), la transformación de onomatopéyas o de unidades gramaticales en palabras (*hacer un clic*, *siempre plantea los peros*), la formación de palabras a partir de combinaciones u oraciones (*nomeolvides*, *sabelotodo*), la pérdida de la significación de un afijo (*sombrilla*, *sillón*), la formación de compuestos no composicionales (*chupatintas*, *aguafiestas*), la creación de palabras a partir de siglas o acrónimos (*sida*, *laser*) o los mecanismos de conversión (*ficción* > *ficcionar*). En sentido estricto, y en contraste con la gramaticalización, la lexicalización se define como la transformación de unidades gramaticales o de combinaciones sintagmáticas en unidades léxicas y también el aumento de las condiciones léxicas para una misma palabra (*tela de araña* >

---

<sup>4</sup> Rifón (2001: 70-74) distingue las series derivativas, conjunto de realizaciones resultantes de la aplicación de diversas reglas de formación de palabras a partir de una misma raíz (*sombra*, *sombrear*, *ensombrecer*, *sombrilla*, *sombrillazo*), de los paradigmas derivativos, que delimitan una secuencia de derivación ligada a un patrón semántico (*sombrilla* > *sombrillazo*, instrumento > golpe dado con un instrumento).

*telaraña*). A partir de estas consideraciones, podemos afirmar que los procesos de lexicalización están motivados externamente cuando implican nuevas entradas (forma y significado) en el componente léxico y también internamente cuando suponen un cambio semántico o un cambio formal de una palabra preexistente.

La gramaticalización también es observada en la lingüística actual a partir de dos orientaciones. La primera define la gramaticalización como el marco teórico que estudia las relaciones entre el material léxico, el construccional y el gramatical en el lenguaje, tanto desde el punto de vista diacrónico como sincrónico, en lenguas particulares o en contraste interlingüístico. La segunda definición, más estricta, describe la gramaticalización como “a term referring to the change whereby lexical items and constructions come in certain linguistic contexts to serve grammatical functions and, once grammaticalized, continue to develop new grammatical functions” (Hopper/Traugott 2003: 18). Son ejemplos de unidades gramaticalizadas substantivos que han pasado a funcionar como preposiciones (*frente*), adjetivos que se han utilizado como adverbios y, más adelante, como preposiciones (*bajo*), construcciones sintagmáticas que han dado lugar a adverbios por aglutinación (*debajo*), substantivos que funcionan como interjecciones (*ostras*), verbos que pasan a ser marcadores discursivos (*o sea, es decir*), verbos que pasan a usarse como verbos auxiliares (*ir a salir*) o como verbos de apoyo (*dar un paseo*), preposiciones que se transforman en prefijos ya en latín (*entretiempos, bajo-plato, sobreactuar, contradecir*) o substantivos que, por reducción, se convierten en formas prefijadas para la composición (*telebasura, autopista*). Según Company (2003: 41-42) las principales causas de la gramaticalización son, además de la frecuencia de uso, la ambigüedad y la mala integración en el paradigma, que ejemplifica con la doble interpretación del pronombre *cuyo*, que conlleva el valor de posesión y la función de relativo. Otro ejemplo para mostrar la pérdida de carga léxica de ciertas unidades o morfemas nos lo ofrece el neologismo *autosuicidarse*, con una triple redundancia de la reflexividad: el prefijo latino *sui-* transformó la base verbal latina en un verbo reflexivo; cuando los hablantes ya no eran conscientes de esta significación prefijal generaron en las lenguas románicas la variante pronominal; y la nueva prefijación con *auto-* tiene la función de intensificar ese valor reflexivo (Lorente 2018: 373-374).

El cambio semántico también se puede relacionar con causas externas y con causas internas. Muchas unidades léxicas persisten en el tiempo pero activan en cada época rasgos semánticos distintos. Así, por ejemplo, el insulto *lechuguino*, que el *Diccionario de la lengua española* (2014) define como ‘persona joven que se compone mucho y sigue rigurosamente la moda’ se habría ido desplazando hacia la acepción, más usual en la actualidad, de ‘joven que aparenta ser un hombre con experiencia pero que en realidad es incapaz y poco determinado’. Los rasgos semánticos sobre la moda han sido substituidos actualmente por an-

glicismos como *fashion addict*, *fashionaholic* o *fashionista*. La competencia entre acepciones o la redistribución de sentidos entre variantes léxicas podrían explicar los ajustes que se dan dentro del inventario léxico, como consecuencia de iniciativas expresivas que se generan en actos de habla concretos. Los diccionarios se actualizan no solo con entradas nuevas, sino con modificaciones en la definición principal o con la incorporación de nuevas acepciones. Lo podemos ilustrar con la comparación de las definiciones de *automóvil* de las ediciones 1936-1992 del DRAE y de la edición actual en línea, en la que los carruajes han sido substituidos por los vehículos y en la que se ha introducido la posibilidad de motores eléctricos, en clara alusión a los cambios externos, tecnológicos y sociales.

**Automóvil.** (De *auto*, 2.º art., y *móvil*.)  
adj. Que se mueve por sí mismo. Aplica-  
se principalmente a los carruajes que  
pueden ser guiados para marchar por  
una vía ordinaria sin necesidad de carri-  
les y llevan un motor, generalmente de  
explosión, que los pone en movimiento.

1. adj. Que se mueve por sí mismo. Dicho principalmente de los vehículos que pueden ser guiados para marchar por una vía ordinaria sin necesidad de carriles y llevan un motor, generalmente de combustión interna o eléctrico, que los propulsa. U. m. c. s. m.

En el caso de la obsolescencia léxica, consideramos que la desaparición en el uso de ciertas palabras o variantes se puede explicar a partir de tres escenarios posibles:

- Desaparición del referente que designa una palabra, por causas externas. Este escenario explicaría la caída en desuso en el lenguaje común de unidades léxicas como *refajo*, *lechería* o *diligencia*, si no es para denominar realidades antiguas desde la literatura o el cine.
- Pervivencia del concepto y substitución de la denominación. Este escenario daría cuenta de la pérdida de algunas denominaciones que en el contexto actual se considerarían indeseables, por estar marcadas socialmente de manera negativa (*subnormal*, *moro*) o como expresiones antiguas no pertinentes (*escudilla*, *esquijama*, *enaguas*, *retrete*). Como el concepto persiste, en este caso, las palabras moribundas, según la denominación de García Mouton y Grijelmo (2011), son substituidas por otras variantes no marcadas (*discapacitado*, *magrebi*, *bol*, *pijama*, *falda de microfibra*, *váter*).
- Pervivencia del concepto y modificación de la denominación. En este marco podríamos ubicar palabras estabilizadas en el uso que no precisan ya de una denominación muy específica o descriptiva. Las reducciones o acortamientos de palabras son uno de los ejemplos más claros en este sentido. Así, en

ciclismo o en automovilismo, actualmente se habla de la *crono* en vez de *prueba cronometrada*, como sucede en tantísimos casos de elipsis del núcleo de palabras de formación sintagmática: una *exclusiva*, el *móvil*, un *adosado*.

En resumen, todos los tipos de cambio léxico y todos los tipos de neologismos, sea cual sea nuestra perspectiva de análisis, se producen tanto por causas de carácter extralingüístico (factores externos) como por necesidades generadas en los mismos actos de habla (factores internos). En cualquier caso, la creación de neologismos con recursos propios, la incorporación de préstamos, los cambios formales, los semánticos e incluso la progresiva desaparición de palabras obsoletas responden a necesidades denominativas o expresivas de los hablantes. El sistema en sí, y concretamente el componente léxico, lo único que necesita son adaptaciones y ajustes, y una cierta estabilidad en el tiempo para ir consolidando los cambios.

#### 4. La periodicidad del cambio léxico

Durante muchos años ha persistido la idea de que los cambios lingüísticos no pueden ser observados por las mismas generaciones de hablantes que los ponen en marcha. La autoridad de voces como la de Bloomfield (1984 [1933]) juntamente con la focalización de las gramáticas históricas en aspectos fonéticos y fonológicos, sintácticos y de morfología flexiva explicarían la persistencia de esta idea, que condiciona necesariamente la metodología de análisis comparativa entre periodos centenarios en una misma lengua o entre lenguas relacionadas genealógicamente. La reactivación de los estudios en lingüística histórica con una mirada más amplia, que contempla la creación de palabras, la entrada de préstamos y el cambio semántico, sobre todo en el marco cognitivista, a partir de finales de los años ochenta, hace cambiar la idea inicial: una parte muy importante de los cambios léxicos pueden ser vividos por una misma generación de hablantes u observados en el relevo de una generación a otra, que conviven.

Una de las preguntas planteadas en la investigación de la neología y del cambio léxico es precisamente cuál debe ser el periodo mínimo para detectar un cambio de este tipo. De hecho, desde la neología se han constituido observatorios para muchas lenguas y para muchas de sus variantes dialectales que detectan las novedades léxicas que aparecen en textos escritos o en medios orales, de manera regular (diariamente, mensualmente o anualmente). Como muchos de estos centros tienen por objetivo apoyar la actividad lexicográfica, es una práctica habitual establecer un periodo mínimo de estabilización de un neologismo antes de defender su incorporación en diccionarios. En este periodo mínimo se pretende

observar si el neologismo analizado es un hápax (una única ocurrencia y un único autor) o si su uso se ha estabilizado con ocurrencias sostenidas en el tiempo, en diversas fuentes y de autores distintos. En proyectos de medición de la diccionarización, como *Garbell-NADIC*<sup>5</sup> para el catalán del Observatori de Neologia de la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona, se establece un mínimo de dos años para analizar la estabilidad de los neologismos. Como puede observarse, es una medida aproximativa, ya que no podemos prever que un préstamo, por ejemplo, se introduzca en la prensa, refiriéndose a un concepto “de moda” o a una realidad cambiante, se difunda más allá de dos años seguidos y después desaparezca o entre en desuso.

En el campo de la terminología científica, se han explorado también otras medidas de referencia para ponderar la estabilidad en el tiempo. A causa del cambio de paradigmas científicos que se dan a finales del siglo XVIII, y aunque en algunas disciplinas, como la medicina, podamos realizar comparaciones entre la terminología usada en la Edad Media y épocas posteriores, no parece adecuado establecer contrastes tan distantes en el tiempo, porque una cosa es estudiar los cambios léxicos que se han dado en paradigmas ya superados y otra muy distinta es observar la evolución de la terminología dentro del paradigma científico actual (Lorente 2019: 177). Para establecer los periodos de análisis más adecuados para la terminología de la ciencia y de la técnica contemporáneas, se buscan hitos históricos comprobables documentalmente en cada campo de especialidad, como descubrimientos, nuevas metodologías, nuevos instrumentos, nuevos modelos teóricos o nuevos campos de aplicación. En el caso del proyecto TERMMED, la terminología analizada en español corresponde a la especialidad de la reproducción asistida dentro de las ciencias biomédicas y se han identificado documentalmente hitos históricos, como la introducción de las primeras técnicas, el primer nacimiento, la publicación de las leyes reguladoras, la incorporación de nuevas técnicas, o los nuevos objetivos de las mismas. Con estos datos la periodización que se ha propuesto para el análisis diacrónico ha sido de 7 a 10 años, con buenos resultados en la detección de neologismos, la creación de denominaciones más específicas, el uso de siglas y otras reducciones y la desaparición de unidades obsoletas.

## 5. La direccionalidad del cambio léxico

Los estudios sobre el cambio lingüístico, sobre todos los que analizan contrastivamente diversas lenguas, han mostrado que algunos fenómenos siguen trayectorias

---

<sup>5</sup> Proyecto financiado por el Institut d'Estudis Catalans en su programa de investigación para el periodo 2018-2021.

bien establecidas, algunas de las cuales son unidireccionales y no reversibles. La hipótesis de la unidireccionalidad se basa en la propuesta de trayectorias que pueden generalizarse entre dialectos de una misma lengua o entre lenguas vinculadas genealógicamente (Hopper/Traugott 2003: 17).

Unidirectionality is a generalization derived from observation about language change in the same way that universals are derived from observations about language systems. Unidirectionality is in fact a widely attested characteristic of change.

Dentro del cambio léxico, la hipótesis de la unidireccionalidad se ha comprobado sobre todo para los procesos de gramaticalización, entendida como una tendencia y no como un principio absoluto, a causa de la existencia de contraejemplos (Hopper/Traugott 2003: 99-139; Lehmann 1995: 17-23). Algunas de las trayectorias no reversibles de la gramaticalización más establecidas son las siguientes:

- categoría mayor (> categoría intermedia) > categoría menor;
- verbo > verbo auxiliar > clítico verbal > afijo verbal;
- unidad léxica > clítico > afijo.

Algunos cambios semánticos se correlacionan con procesos de gramaticalización, por lo que siguen una misma trayectoria unidireccional. Parece que se puede generalizar también la trayectoria que aporta la metáfora desde dominios concretos a dominios más abstractos. Por otro lado, algunos de los cambios morfológicos que afectan morfemas siguen patrones o trayectorias similares entre lenguas.

No obstante, la direccionalidad del resto de cambios que afectan el léxico es menos clara, por la diversidad de fuentes para los neologismos, de manera que el cambio léxico es menos predecible que otros cambios lingüísticos: “In lexical change, directionality is much less clear, probably due to the very creative (and sometimes conscious) ways that speakers use words” (Bybee 2015: 203).

## 6. A modo de conclusión

Como hemos visto, el análisis del cambio léxico y el análisis de los neologismos de una lengua son dos perspectivas distintas para los mismos fenómenos lingüísticos. Consideramos que ambas perspectivas de análisis pueden enriquecerse mutuamente. La observación de los datos que nos ofrecen los observatorios de neología por parte de los estudiosos del cambio léxico es una puerta abierta a profundizar en los cambios formales y semánticos observables en periodos tem-

porales más cortos, aun deficitarios. En la dirección opuesta, el análisis de la neología en una única lengua o para la comparación entre lenguas puede beneficiarse de los aportes realizados en lingüística diacrónica, sobre todo en la correlación de procesos de cambio formales y semánticos o en la distinción entre trayectorias de cambio y operadores de estos cambios.

Ambas perspectivas tienen un asunto pendiente relacionado con la obsolescencia léxica, que hasta ahora solo ha sido abordada desde la lexicografía y en obras de divulgación, mientras que puede reivindicarse como un elemento explicativo de otros cambios (neologismos de sustitución, redistribución semántica).

Hemos caracterizado el cambio léxico en sentido amplio, como la suma de cuatro tipos de cambio semántico, la incorporación de préstamos, la creación léxica con recursos propios, los fenómenos de reducción, más los procesos de gramaticalización y de lexicalización, que afectan no solo a las unidades léxicas formadas sino también a morfemas, unidades gramaticales y construcciones sintácticas. Todos estos tipos de cambio léxico comparten la combinación de causas externas (sociales y sociolingüísticas) y de causas internas (relacionadas con los actos de habla y con el discurso). Y, en muchos de los casos, también tienen en común el hecho de poder ser observados por las mismas generaciones que los han impulsado, cosa que nos permite distinguir el cambio léxico de otros cambios lingüísticos de carácter estructural. La necesidad de establecer una periodización para el análisis del cambio léxico de temporalidad más corta, lejos del establecimiento de grandes etapas históricas calculadas por siglos, nos conduce a documentar hitos externos que permitan explicar ciertas innovaciones léxicas y concretar las causas del cambio. Por el contrario, los distintos tipos de cambio léxico no coinciden en la direccionalidad del cambio, de manera que solo podemos predecir trayectorias unidireccionales de gramaticalización y de los cambios semánticos asociados a ellas.

Con esta caracterización del cambio léxico es obligado plantearse hasta qué punto el cambio léxico puede ser considerado un cambio lingüístico del mismo nivel de impacto en la lengua que el resto de cambios lingüísticos que afectan elementos estructurales, como la fonología o la sintaxis. Si la delimitación del cambio léxico quedara reducida a la incorporación de préstamos, la creación de neologismos con recursos propios y la reducción de unidades léxicas preexistentes, entonces podríamos afirmar que el cambio léxico es simplemente un conjunto de procedimientos para innovar el inventario sin afectar las estructuras básicas. Pero un planteamiento lexicalista abierto contempla, tal como lo hace la neología, no únicamente el léxico como un simple inventario, sino el conjunto de unidades, morfemas, reglas de formación de palabras, relaciones (explicitados por distintos paradigmas) y además los espacios de frontera del léxico que incluyen elementos que no son léxicos que se lexicalizan y unidades léxicas que pierden contenido

semántico y adquieren nuevas funciones gramaticales. En este sentido, el cambio léxico impacta en las estructuras, sigue tendencias unidireccionales y refleja ciertos universales interlingüísticos, aunque solo sea parcialmente.

Si el cambio es natural, universal y solo se da en contextos de uso lingüístico real, evidentemente es un indicador de la vitalidad de una lengua. No obstante, debemos alejarnos de una concepción purista de la lengua y de una visión excesivamente delimitada del fenómeno de la neología para poder evaluar la salud de una lengua en todas sus dimensiones. Desde la perspectiva del cambio léxico o desde el punto de vista de la neología, se evita condenar el préstamo o la variación, elementos que han sido claramente denostados desde posiciones conservadoras en lexicología y en lexicografía. Para medir la vitalidad de una lengua, en el nivel léxico, necesitamos identificar qué mecanismos utilizan los hablantes en un periodo temporal determinado y qué mecanismos parece que ya no estén a su disposición, sin limitaciones, sea cual sea la fuente del cambio (Pinker 1995: 136):

El mundo de las palabras es igual de atractivo que el de la sintaxis, o incluso más, ya que no solo somos tan creativos con las palabras como con los sintagmas y las oraciones, sino que el hecho mismo de aprender palabras de memoria requiere un virtuosismo muy particular.